

# La inquietante relación entre lugares y memorias

Por Héctor Schmucler

## PRESENTACIÓN

En el marco del [Taller "Uso público de los sitios históricos para la transmisión de la memoria"](#), Héctor Schmucler compartió sus reflexiones en torno a "La inquietante relación entre lugares y memorias".

## INTRODUCTION

In the frame of the [Workshop "Public use of the historic places for the broadcast of the memory"](#), Hector Schmucler shared its reflections around "The disturbing relation between places and memories". ***This text is only available in Spanish.***

## TEXTO

Yo quiero hacer dos aclaraciones que, de alguna manera, condicionan lo que espero conversar con ustedes a continuación. La primera aclaración es que, si ustedes están esperando una especie de conferencia en la cual haya presupuestos teóricos bien fundados, un relato de hechos y luego conclusiones para, a partir de eso, lanzarlos a alguna aventura intelectual, política o algo por el estilo, me temo que se van a decepcionar. Si están esperando que les exprese con toda franqueza mis propias cavilaciones sobre este tema, bueno, haré el mayor esfuerzo para que nos podamos entender. Entender en el diálogo, no necesariamente ponernos de acuerdo, pero sí abriendo generosamente al diálogo de donde, a lo mejor, sale por lo menos una tranquilidad para nosotros mismos. La tranquilidad de saber que no escatimamos esfuerzos en la búsqueda de algún tipo de verdad.

El segundo me sigue atañendo a mí personalmente, a mi situación de expositor en este momento. Hace pocos días leía un trabajo de alguien, alguien que seguramente estaría en el orden de la edad mía. Es decir, ya en ese largo terreno que ahora por una especie de corrección ideológico-política llaman adultos mayores y que antes, con todo respeto, con todo honor y con todo orgullo se llamaba vejez. Bueno, debo decir que uno casi alegremente entra en este período de la vejez y este que reflexionaba, a quien he aludido recién, este escritor decía que este cambio sustancial que se produce entre cuando uno es sujeto de la memoria, es decir, es el que estudia la memoria cuando al momento en que pasa a ser objeto de la memoria. Y ahora leía en unos breves y antojadizos antecedentes míos. Decía, "Bueno, claro, todo esto es para estudiar, es todo lo que le pasó no a uno, sino todas estas historias que uno vivió y que seguramente tienen que ver con estas reflexiones que voy a hacer y tienen que ver con un pasado que a todos nos inquieta en nuestro país.

Bueno, dije "inquieta" y a este diálogo con ustedes le puse justamente este nombre: "La inquietante relación entre los espacios y la memoria". Voy a ir desgranando por qué digo que creo que es inquietante. Primero decir qué quiero expresar con "inquieta". Inquietante es, bueno, como se sabe, lo contrario de la quietud. La quietud es la calma, es el no movimiento. La quietud es, bueno tal vez, el estado supremo de sabiduría, pero que no fácilmente podemos adquirir. Es la sabiduría ya de estar por encima de lo mundano, por encima de lo banal para tal vez entablar un relación con valores que nos sobrepasan. Bueno, pero

también quietud puede ser esta actitud tan difundida en nuestra época, que curiosamente pareciera caracterizarse por el permanente movimiento. Sin embargo, este permanente movimiento, esta atracción sistemática hacia entretenimientos, hacia formas de goce de la vida, hacia la exaltación del puro goce de la vida. Tal vez, digo, esa quietud no tenga que ver con esa sabiduría de quienes la logran, sino con otra cosa que es exactamente lo contrario. Tal vez tenga que ver con cierta resignación. La quietud de la resignación, esa quietud que nos hace silenciosos, de mala manera silenciosos, quiero decir, que nos hace callar, que nos dificulta exponernos con nuestras palabras, que nos lleva a la inmovilidad. Bueno, creo que es lo contrario, decía, de la sabiduría para volverse una especie de tolerante aceptación de todo aquello que uno puede, tal vez, criticar. En el sentido de no estar conforme con lo que existe, para buscar alguna otra cosa. Entonces, inquietud para mí quiere decir eso.

La relación memoria-espacios -pero también la reflexión sólo sobre la memoria- es inquietante, nos mueve, nos mueve internamente. Es decir, nos pone en cuestión nuestros propios pensamientos. Nos pone en cuestión, a veces, nuestra propia existencia. Y esa inquietud de reflexionar sobre nosotros mismos, sobre lo que hemos sido y lo que somos, tal vez sea el camino más oportuno, el más valioso para encontrar nuevos senderos, si es que queremos encontrar nuevos senderos. Entonces, inquietante por esto, porque moviliza, porque no nos deja tranquilos, porque nos aumenta permanentemente las preguntas. Y toda pregunta hecha seriamente inquieta, mueve. A veces angustia. Muchas veces angustia. Soy por lo menos de los que creen que tenemos que arriesgar el paso por la angustia, si es que queremos llegar a saber. Sobre esto han hablado ya innúmeros y geniales pensadores en la historia, por lo tanto no es... no es el tema, la necesidad de tránsito por la angustia para lograr ser uno mismo.

Cuando leí el título de este taller, "usos públicos de los sitios históricos para la transmisión de la memoria", tal vez a partir de esto pensé en el título de esta exposición mía, de esta conversación mía. Porque me inquietó. Me inquietó ya una afirmación que seguramente era adecuada, pero que no resulta demasiado evidente en cuanto uno empieza a interrogarlo. ¿Qué son los sitios históricos? ¿Cuándo un sitio se vuelve histórico? ¿Y qué queremos decir con "histórico"? ¿Qué es reconocido por la historia? ¿Por qué historia? ¿O por qué sirven de documentos?, porque ahí ocurrió algo que puede ser reconocido en el estudio de la historia. La pregunta es nueva y entraña la multiplicación de preguntas. Me quedo con esta que expresé: ¿cuándo un sitio se vuelve histórico,

cuando una historia lo reconoce como tal? Y entonces la otra pregunta: ¿qué historia reconoce como tal un lugar, un hecho, un proceso que llamamos histórico? Porque partiendo de lo histórico, vamos a intentar aproximarnos a otras preguntas más vinculadas a la memoria. Y aquí viene, como ya se sabe, es el pan nuestro de cada día, para los que estamos trabajando en alguna zona próxima a los temas de la memoria, aquí viene la constante pregunta y la constante disputa, la imperfecta resolución de esta relación entre memoria e historia.

Koselleck, este gran pensador alemán que murió hace poco tiempo y que tanto ha trabajado sobre historia y sobre memoria, diría que, en realidad, la historia empieza cuando cesa la memoria. Entendiendo a la memoria como aquello que es factible de ser narrada por alguien, donde entonces la idea de testigo, testimonio y memoria están absolutamente articulados. La historia pareciera trabajar con estos datos, pero poniéndolos permanentemente a prueba. Es decir, verificando o tratando de entender realidades más amplias, más generales, que no son sólo la memoria de alguien o la memoria de un grupo, sino aquello reconocible. Es el sitio histórico... Después ustedes, cuando yo termine esta intervención, que espero que no sea muy larga, me van a decir o van a opinar si quieren sobre este hecho y ¿por qué le llamamos sitio histórico? ¿Por qué estas jornadas hablan de sitios históricos?

Decía que la consagración de algo como histórico, impregna o trasunta o es atravesada por cierta idea de lo verificable. Lo histórico pareciera ser lo verificable. Por ejemplo, en la magnífica exposición que acabamos de ver de imágenes hay cosas verificables. ¿Qué cosas son las verificables? Casas, lugares, espacios, una especie de materialidad que allí está. La materialidad está. La historicidad se la ponemos nosotros. Es decir, no hay, como tampoco en la memoria, otra verdad que aquella que nosotros mismos construimos.

Seguramente cada uno podría reconocer algún lugar histórico para su vida. Histórico en este sentido, de verificable, allí está. Podemos reconocerlos. Podemos reconocerlos, aunque sea como el espacio que ocupaba algo que estaba allí. Sin embargo, bueno, digamos, esto sería el espacio histórico. Sin embargo, la memoria que surge de este espacio, tiene que ver con el acto voluntario de recordar algo, de una reminiscencia. O sea, de un trabajo, no la pura presencia, quiero decir que quien pase por cualquiera de estos lugares mostrados recién, no sabría decir absolutamente nada si no hubiera en él, en los otros, alguna información que fuera reminiscente. Es decir, que tratara de extraer de un espacio olvidado desde el punto de vista histórico, quiero decir, porque por sí mismo no es histórico, de traer a la mente reminiscencias.

Eso, traer a la mente, a la conciencia algo que se escapa en la visión inmediata. La memoria trabaja así, la memoria trabaja en este esfuerzo incesante por traer algo.

Me detengo acá para después volver sobre este tema y también ver el problema de qué trae la memoria a nuestra conciencia. Es decir, cuál es el producto de esta reminiscencia. De todas maneras, el hecho de que lo recordado sobrepasa al lugar... Lo recordado sobrepasa al lugar, ¿qué quiero decir? Que lo recordado es mucho más que el lugar. No hay un lugar que por sí recuerde algo. No hay prospectivamente un lugar que por su sola presencia evoque algo o traiga algo a la memoria.

Si hay cosas que han quedado en la memoria de la humanidad, por lo menos en una zona de la humanidad, y que para nosotros es de cotidiana inquietud... Si algo ha quedado, es Antígona sepultando a su hermano. Es decir, estoy hablando de una materialidad. Antígona sepultando a su hermano, que da lugar a toda tragedia y a todo esfuerzo por... el esfuerzo de recordar y de cumplir los designios que los propios hombres se proponen para darle algún sentido a la existencia. Sin embargo, nadie sabe ni interesa dónde está el túmulo que, según dice la tragedia, según la creación literaria, por supuesto, hizo Antígona para darle sepultura al cuerpo abandonado, expuesto a la intemperie de su hermano. Y hay un lugar ideal que no nos interesa, es la sepultura, es la idea de la sepultura, es la obligación para gran parte de la conciencia de nuestro mundo de sepultar al muerto. Por razones religiosas, por razones de tradiciones, no interesa. Casi no existe cultura reconocida por nosotros donde esta obligación de darle un final al muerto, que también puede ser incinerado, también puede ser esparcir su ceniza, pero darle puntualmente, reconocer, tener un lugar para rememorarlos. No existe cultura donde esto no se imponga.

Si algo criminal se hizo en la historia argentina, y son muchos los crímenes que se hicieron en la historia argentina, pero si algo era esencialmente criminal es haber negado la posibilidad de sepultura a una cantidad de personas de este país durante la última dictadura. Este es un crimen por antonomasia. Más que el lugar... es cierto que el amigo, el familiar, el deudo se reconforta, siente un alivio ante la muerte, al poder objetivarla y compartir, en algún lugar, con el cuerpo del muerto. Sin embargo, no es el lugar, es la idea de que no tuvo conclusión, es la imposibilidad del duelo porque no concluyó el proceso, porque desapareció. Así como el hermano de Antígona estaba condenado a no tener sepultura nunca más. Entonces el hecho deforma, decía, al lugar. El lugar se vuelve poco importante, salvo como ocasional instrumento para desencadenar una memoria.

Quiero decir que algo que me inquieta también, pero esto sería para una segunda parte de esta exposición, es que a veces la lucha por el lugar se impone sobre la lucha por la memoria. Y esta es una experiencia que también podemos vivirla todos aquellos que de alguna manera estamos interesados en estos temas en nuestros países. A veces el lugar se vuelve el objeto de conquista ¿para la memoria de qué? No para la memoria compartida, sino para la memoria y el poder del conquistador. Conquistemos lugares porque eso nos expresa. Conquistemos lugares de determinada manera, porque eso expresa el triunfo de nuestra posición sobre ese lugar. No estoy hablando de fantasías. A veces la lucha por el lugar supera a lo único que tiene importancia, que es la lucha por un tipo de memoria. Y subrayo: "un tipo de memoria" que nunca es única. Entonces, si el lugar, si la memoria supera al lugar, nos pone ahí un fuerte aviso, un fuerte condicionamiento. ¿Qué significación le estamos dando al lugar para que no invierta el verdadero objetivo?

Nada de lo que estoy diciendo, que seguramente es cuestionable, criticable y negable en uno o en otro aspecto, nada de lo que digo significa el descrédito por los espacios, significa el descrédito por el lugar. Significa sí un alerta, que los lugares no nos coman la memoria.

Hay otro lugar simbólico al extremo y también material y que lo quiero dar como ejemplo porque, además, es uno de los lugares al que siempre se vuelve. Cuando se dice Auschwitz, en realidad se está mencionando un lugar, un espacio. Un espacio donde existió un campo de concentración y de exterminio, que se volvió el paradigma de todos los campos. Acá el punto es que cuando se dice Auschwitz, se está expresando un pensamiento, una imagen de algo que ocurre y no del lugar. Es posible, pero eso sí que ya no lo podemos verificar, tal vez ninguno de ustedes, pero mucho menos yo. Es posible que con los años, Auschwitz sea como El Quijote, porque El Quijote es un ser... es una persona... El Quijote es una creación, sin embargo, esta imaginación -y no es del Quijote de lo que quiero hablar, aunque habría largo rato para hablar de El Quijote y la memoria- El Quijote que es una materialidad, porque nadie imagina nada más material que la figura, la imagen que alguna vez alguien inventó sobre lo que era El Quijote, se lo consagra y vemos monumentos, y vemos el monumento de El Quijote y pareciera que evoca a un personaje que existió y que se llamó Quijote, que a lo mejor existió pero que nada lo verifica. Decía, Auschwitz se vuelve como El Quijote, se vuelve un concepto, se vuelve un tema de reflexión, se vuelve un acontecimiento que marca el destino de nuestro mundo.

¿Y el espacio? Existe. Existe un espacio. Y seguramente, decía, con los años, ese espacio, a lo mejor -y esto es práctico por lo bárbaro- a lo

mejor se vuelve un shopping. ¿Por qué no? si ya hubo una larga discusión cuando se oficializó, digamos, las ruinas o lo que quedaba de Auschwitz, cuando se lo construyó como lugar de memoria, uno de los proyectos señalaba hacer todo una especie de espacio turístico, que a lo mejor iba a servir para mantener el propio museo. No sé cuál sería, pero que sin duda en los tiempos que corren, lo posible es que un museo, como Auschwitz, esa enorme extensión de tierra, que fue un símbolo, pudiera ser parte del shopping, ¿por qué no? Todo se ha vuelto parte de algún shopping en nuestra civilización contemporánea. Pero, aún así, aún cuando esta catástrofe civilizatoria ocurriera... (para mi gusto catástrofe civilizatoria, para los que piensan en el progreso, el desarrollo y en valores económicos, dirían: "¡Qué maravilla! Los shopping pueden contener hasta un campo de concentración. ¡Qué generosos que son los shopping! Miren. Estimulan la memoria". Y no es pura ironía. Esto directa o indirectamente ocurre). Entonces es el espacio, y la memoria va claudicando.

Decía, seguramente Auschwitz -si todavía queda, va quedando gente y todavía hay mucha y espero que eternamente haya- gente que tiene la voluntad de transmitir la memoria, no importará dónde esté Auschwitz. No importará si está Auschwitz, como no importa si El Quijote era o no alguien real. Quedan estas ideas y esto es la memoria. Es lo que sacamos para nuestra existencia hoy. No la recordación del ayer, sino lo que hoy significa aquél ayer. Lo que hoy nos obliga, nos exige, nos impulsa a recordar. Ese ayer, de una manera y no de otra.

Bien. Inquietante. Inquietante porque los espacios pasan a ser derivados de la memoria y no ocasión de la memoria. Aún cuando posteriormente, el espacio -si hay alguien que todavía tenga voluntad de transmitir- sea ocasión de la memoria. Más: cuando se habla y evoco todo lo que hemos visto recién y todo lo que conozco y todo lo que se mueve en el mundo alrededor de la recuperación de espacios. Cuando se habla de recuperar espacios y, en ese sentido, historizarlos, darles un lugar en la historia, en realidad lo que estamos poniendo en función es una memoria previa. Si no hay esa memoria previa, por la cual señalamos al espacio como digno o necesario para que se funde una memoria, si no hay esa memoria previa, el espacio se borra. Es decir, en la sucesión de hechos, auténticamente no es el espacio que produce memoria, sino la memoria que produce el espacio. Y después esto se va a multiplicar. Si es que se multiplica.

Serían infinitos los casos en que los espacios perduran y la memoria se ha diluido. Es decir, al espacio nosotros, quiero decir, los seres humanos

que lo instalan como ocasión de la memoria le hacen decir algo. Repito: los espacios por sí no dicen nada.

Cada uno de nosotros tiene la experiencia, seguro, de pasar por alguna esquina, de mirar alguna vidriera, de reconocer algún color donde se instala su propia memoria. Cada uno recuerda la casa de la infancia, la casa de la novia, la casa del amigo, la casa del que murió antes, pero es como un secreto. Un secreto hondo, profundo que, tal vez, movilice nuestra propia existencia. Pero la casa no dice nada, salvo que una placa, por alguna razón, sea instalada con la memoria de aquél que le quiere dar una significación. Y entonces uno podría poner: "Aquí vivió mi primer amor". Si ese que escribe eso, luego escribe una gran novela, donde hable de ese primer amor, va a ser significado por el conjunto de la gente. Y para nosotros significará la emoción de un acto romántico o significará la singular manera de perder el tiempo, para aquellos que creen que ganar el tiempo es hacer siempre algo productivo y no dedicar la vida a, tal vez, recordar eso. El primer amor. El primer, el segundo o todos los amores que, en un sentido más genérico y no sólo personal, se han tenido en la vida. Porque me parece que el amor, es decir, el sentimiento de vivir con el otro, el amor como forma de unificación de los seres que reconocen en el otro un otro, sin el cual en sí mismo no puede existir. Y eso los une. Y eso es el amor. Sin esto el mundo no existiría.

Bueno, pero decía que, nosotros le damos sentido, nosotros hacemos hablar al lugar. ¿Y qué le hacemos hablar? ¿Todos le hacemos hablar lo mismo a los lugares? O aquí, como ya se sabe, se produce una de las tantas batallas en las cuales estamos permanentemente inmersos. Reconocer un lugar por el conjunto... cada grupo, cada individuo, le quiere hacer decir algo. Y creo que aquí está el centro seguramente de muchas de las cosas que vamos a escuchar en... cuando ustedes realmente hagan el seminario sobre estos temas: espacios y memoria. Y este es el otro tema, el más inquietante tal vez. La ilusión de que los lugares o la memoria aparece, se muestra inmediatamente. Algo así como la memoria como desocultador de verdades que existen previamente. Y así como decimos que nosotros hacemos hablar a los lugares, también le hacemos hablar de acuerdo a la manera que consideramos nosotros más oportuna. Porque la pura existencia del lugar, el puro reconocimiento de lo que aconteció en ese lugar, no impone un recordar común para todos. Y así es la memoria.

La memoria es el acuerdo de un grupo, cuando digo grupo puede ser numerosísimo o pequeño, difícilmente toda una población, pero digamos, la manera en que cada grupo se reconoce a sí mismo con

relación al pasado. Tal vez por eso, porque la memoria siempre es la forma en que un grupo se reconoce con relación al pasado, es decir, qué del pasado es lo que debe sostenerse para que la existencia en nuestro presente tenga el sentido que cree más adecuado.

Cada grupo tiene su memoria, por lo tanto no hay una memoria, por lo tanto no hay lugares con univocidad de memorias. Y este tema que, insisto seguramente va a salir en algún momento, me parece importante tenerlo en cuenta. La voluntad de consenso sobre qué expresar con un sitio histórico, con un lugar de memoria... la voluntad de consenso yo creo que, primero, está condenada al fracaso. Eso digo. ¿Por qué? Porque no tenemos una única memoria sobre ninguno de los hechos. Y aún coincidiendo en la condena o el aplauso a hechos únicos, no opinamos de la misma manera. No pensamos de la misma manera. No nos guían los mismos valores por los cuales recordar algo. Aunque todos coincidamos en la necesidad y en la voluntad de recordar. Por eso digo, los consensos me parecen difíciles, los consensos me parecen humanamente imposibles.

¿Por qué no en un lugar de memoria dejar que, no que siga la pugna, sino que siga el diálogo de las memorias? Y en los casos necesarios, las pugnas por las memorias. Me cuesta decir la pugna, aunque creo que siempre se manifiesta como pugna, porque cuando triunfa alguno de los elementos en pugna, ejerce presión sobre el conjunto e impone su verdad. Impone su consenso. Y el consenso en la más idílica versión, tan de moda en nuestra época, aspira a que todos nos pongamos de acuerdo. No, difícilmente, sería entre otras cosas aburridísimo. Quiero decir, indeseable como vivencia esta especie de acuerdo. Además de riesgoso por lo que voy a decir enseguida. Pero saber que es una sinfonía de memorias, que un lugar es una sinfonía de memorias, tal vez sea el camino para que cada uno escuche el orden de la melodía que quiere, para seguir con la imagen de la sinfonía. Que creo que puede, para que se le alumbren distintas formas de comprensión de determinados fenómenos, con el fin de avanzar en la mayor lucidez.

Decía que los consensos suelen ser riesgosos, salvo consensos básicos, como por ejemplo el que escuchamos. Por ejemplo el de poder dialogar. Por ejemplo el de condenar el crimen. Por ejemplo el de eliminar el derecho de un ocasional triunfador a extinguir al vencido. Estas son las claves para que la humanidad siga. Y así se ha logrado la humanidad, a pesar de que las muertes son frecuentes. Pero esta idea... salvo ese consenso que nos permite disentir. Porque si no tampoco podemos disentir. Cuando hay un consenso impuesto, no se puede disentir, porque quien impone esto que llamamos casi graciosamente consenso,

en realidad quien lo impone no tolera lo otro, por eso lo impone. Y esto es peligrosísimo. Todo totalitarismo lleva esta marca, la de ser un grupo... un grupo, otra vez, por numeroso que sea, que se adjudica ser portador de una verdad universal y que, por lo tanto, por ser portador de una verdad universal tiene derecho a eliminar todo aquello que se oponga a esta verdad.

Todas las historias de totalitarismos que el siglo XX mostró brutal y generosamente en cuanto a cantidades es esto: la verdad asumida por un grupo que se impone al conjunto, porque el conjunto parece condenado a la falsedad. Esto es una larga historia. Y dos, es una historia que por lo menos tiene un momento de referencia duro en la inquisición. Al fin y al cabo... hay obras que hablan de eso. Al fin y al cabo, la inquisición era un acto de generosidad. No era otra cosa. Era salvar almas. No importa la destrucción que produjera. Se salvaban almas, la voluntad era que las almas no sean condenadas. Por eso es la inquisición. Por eso la eliminación de todo aquello que sirviera de distracción al camino correcto de la salvación del alma. De la inquisición en adelante, o sea, toda la modernidad ha estado llena de ejemplos de este tipo. Imponer las verdades, imponer las memorias como formas universales, válidas para, exactamente, el universo.

Los grandes momentos de totalitarismo del siglo XX han trabajado minuciosamente el tema de la memoria. El nazismo y el comunismo soviético. Quien lea 1984, la famosa novela de Orwell podrá percibir que, si algún objetivo tenía la memoria, era la de construir una memoria. Construir una memoria. Imponer una memoria. Una memoria indiscutible, válida para todos, generosamente válida para todos.

Entonces, lugares de memoria a los cuales nosotros adjudicamos sentido y que difícilmente sean producto de consensos. Digo difícil que sea producto, y por lo que vengo enunciando, tal vez no sea el lugar deseable de llegada. Tal vez el lugar deseable de llegada es la del acicateo permanente a la memoria. Es decir, a la revisión del pasado, de acuerdo a las pautas con que cada uno lo revise para encontrarle un sentido a nuestro presente.

Si esto fuera más o menos admisible, si aceptáramos que la memoria es la manera en que en el presente se vive el pasado y que esa manera de vivir el pasado depende de la manera en que pensamos la existencia, es decir, del tipo de valores con que nos dirigimos al pasado para interrogarlo, podemos tal vez concluir o derivar dos cosas. Por un lado, que la memoria está construida de ideas. Según las ideas, los valores y las ideas que recorren esos valores con que pensemos el pasado, vamos

a seleccionar, elegir algo para recordarlo en nuestro presente. Por lo tanto, esto es importantísimo. No hay una memoria inmediata, hay ideas, hay una mediación de ideas para recoger uno u otro hecho de aquél pasado a fin de instalar el presente. Pero, si es así, si depende de los valores con que nosotros hoy pensamos... nos pensamos a nosotros mismos y al mundo para recoger aquél pasado, si son valores -y cuando digo valores estoy refiriéndome a aquellos ejes sobre los cuales construimos nuestra concepción del mundo, sobre los cuales construimos nuestra percepción de la existencia humana- digo, si son valores, la memoria se vincula inmediatamente con la ética. La memoria, entonces, como campo de la ética. La memoria como producto de aquellas formas en que nosotros estamos imaginando el mundo.

Por eso decía, y quiero recortarlo a esto... Por eso decía que las memorias dependen de las ideas. Las memorias dependen de aquello que uno está deseando que sea el mundo actual, que sea nuestra propia vida. Y esto -memoria no como un simple documento que aparece en algún fichero, sino memoria como posibilidades o exigencia de un existir hoy- nos vuelve, por la misma razón que está en el campo de la ética, nos vuelve responsables a cada uno y colectivamente de esa memoria. Es decir, somos responsables de lo que recordamos. Somos responsables de lo que queremos que hoy aparezca como recuperación del pasado, porque de esa responsabilidad surge nuestro existir contemporáneo.

Los museos suelen tener -y ya sobre esto se han escrito también innumerables libros y trabajos- el grave inconveniente de mostrarnos todo, sin decirnos prácticamente nada. Es decir, el museo como aquello congelado por lo cual nosotros podemos conocer sin comprometernos. Y aquí está en juego la memoria como compromiso con nuestra vida hoy y la memoria como simple evocación de hechos.

Dije museos y quiero señalar que también me inquieta la distancia o no distancia que media entre el sitio histórico convertido en lugar de memoria y el museo. Y no porque los museos no sean utilísimos. Pero la memoria se juega en otro terreno. La memoria se juega en lo que hacemos hoy. No en lo que recordamos. La memoria se juega en la existencia concreta de las sociedades, de los grupos y de las personas. No necesariamente como instrumento para algo, sino como lugar de vivencia para algo. Y cuando digo instrumento, estoy diciendo cosas tan sensibles, tan difíciles de enfocarlas como cierta tradición que hay en el trabajo sobre la memoria en nuestro país. Cuando se busca la memoria como instrumento para lograr algo. Por ejemplo, yo digo que es sensible, por ejemplo para lograr justicia, y la pregunta es esta: cuando

se logra justicia -justicia que también es una construcción humana- ¿cuál es la justicia? ¿Cómo la justicia borra algo que ha ocurrido? ¿Hay justicia para todos? Bueno, todas estas preguntas que son también incesantes... Digo, la memoria, para la justicia corre el riesgo de, una vez cumplida una llamada justicia, que la memoria se borre. Ha logrado su objeto.

Una de las consignas más escuchadas, creo que se escucha menos ahora, no sé bien por qué, pero en nuestro país era la de recordar para que las cosas no se repitan. También, en el recordar tiene un sentido para cómo vivir, insisto, y no para que no se repitan las cosas. Entre otros hechos porque nada demuestra que la memoria de algo impida la repetición de los hechos. Entre otras cosas, lo hemos dicho varias veces seguramente, entre otras cosas porque las cosas en la historia, en los fenómenos sociales casi nunca se repiten de la misma manera. Pero siempre se repiten. Siempre se repiten con otras máscaras. Siempre se repiten con otras formas. Tal vez este sea el gran acto de astucia de este movimiento de la repetición, que nunca se muestre igual. Por lo tanto, logra objetivos similares con otras formas. Por lo tanto, la memoria de un hecho que serviría como una especie de, valga la metáfora biológica, de vacuna específica contra ese hecho, es posible que tenga eficacia. Pero son infinitos los gérmenes que nos acechan para producir exactamente lo mismo. Entonces, la memoria no "para", sino la memoria para ser tal. Y, en todo caso, para que nos impulse a una manera de existir, y no simplemente a una forma de vigilancia para que los hechos no se repitan. Sólo si en el existir, en la manera de existir, se producen cambios, para lo cual la memoria no es más que un elemento de reflexión para pensar en este cambio de manera de existir. Digo, solamente así los hechos que condenamos no van a ser repetibles. No van a repetirse.

Bien, yo no quiero ahondar mucho más. Pero quiero sí volver a la idea de espacio. Espacio - lugar. Un espacio genérico lo volvemos lugar de memoria. ¿De memoria de qué? Y no quiero generalizar. Sobre esto, bueno, inclusive hemos visto magníficos documentos que nos han hecho llegar donde se está hablando de exactamente estos temas en distintos lugares del mundo.

Si tomo en nuestra realidad, que es de lo que seguramente vamos a hablar con más intensidad en estas jornadas. ¿Qué le queremos hacer decir al espacio? ¿Queremos hacerle decir que en ese espacio hubo criminales, y entonces condenar infinitamente a esos criminales? ¿Queremos decir que en ese espacio hubo víctimas y también homenajear, responder a esas víctimas, evocarlas infinitamente por el

hecho de haber sido víctimas? ¿O queremos sustantivamente recordar que ahí hubo crimen? Y esto se vuelve como una abstracción. Hubo actos criminales y el acto criminal está por encima, pero no inocenta a nadie, pero está por encima del criminal. El acto criminal... la definición del acto criminal, si lo que nos preocupa es que haya crimen, las personas adquieren importancia, porque hay víctimas y hay victimarios, sin duda. Pero la memoria apunta a socavar la posibilidad del crimen, a negar el crimen. No a suplantarlo. Y este es uno de los riesgos también, una de las inquietantes situaciones en que la memoria nos pone.

¿La condena al crimen deriva de quién fue el criminal y de quién fue la víctima o es el crimen lo que se condena? ¿Si le cambiamos el signo deja de ser crimen? Si matar a alguien por una decisión absolutamente soberana de alguien, en nombre no importa de qué, pero si alguien se asigna el derecho de eliminar la vida del otro y a esto le llamamos crimen, todo ejercicio de esta conducta, por la cual alguien se asigna el derecho de que el otro viva o no merezca vivir, es un crimen.

Dicho esto, se nos empiezan a plantear los problemas. Personalmente desearía que el énfasis del lugar de memoria sea la recordación, la condena y la elaboración de la idea de lo criminal y que sean llevados a justicia todos lo que tengan que ser llevados a justicia. Acá no hay ninguna idea de amnistía. Para nada. Pero sabiendo que la memoria se agota, se nos vuelve inútil si solamente evoca una situación concreta y no el hecho que hizo posible esa situación concreta y que, insisto, podrá volverse a repetir si el crimen, si la idea del crimen no empieza a intentar ser abolida.

No crean que soy optimista. No crean que yo pienso que si insistimos en esto el crimen va a desaparecer. A lo mejor, para no dejar ningún hilo suelto, a lo mejor el crimen, como cuentan muchas de las mitologías que narran la existencia en el mundo, es constitutiva de lo humano. Si es constitutiva de lo humano, también... aún así, también estamos obligados a pensarlo. Para saber quiénes somos. Aún así, aún en este lugar casi nihilista acepto esa posibilidad. Creo, sin embargo, que las cosas no deben ser tan así. Y evoco esta esperanza de que las cosas no deben ser tan así. Es decir, que el crimen no es constitutivo de lo humano y por lo tanto imposible de erradicar. Porque también existe algo con lo que empecé hablando. Porque también existe el amor. Y el amor es lo que empuja a dar la vida, a ayudar a la vida. Y estamos tan llenos de ejemplos de crímenes, como ejemplos de amor. Si el crimen fuera constitutivo, ¿por qué los hechos de amor?, ¿por qué la vida? Si el crimen fuera lo que marca la especie humana, la especie humana no existiría. Tan simplemente como esto, no existiría. Si... bueno, existe,

no sé si existe bien, seguramente existe muy mal. Seguramente sería deseable otras cosas para la manera en que existe la especie humana. Pero existe. Por eso estamos acá. Porque existe. Estamos unidos por el amor a que siga la vida.

Estamos aquí, creo yo, deseo yo, que estamos aquí porque todavía pensamos que hay conflictos que pueden resolverse a lo largo de la historia. Que podemos ser mejores si aprendemos a ser mejores, si queremos ser mejores. Y que el mundo puede ser mejor si hay una voluntad colectiva, pero sustancialmente una voluntad individual que haga al colectivo, para que seamos mejores. Si la memoria puede servir para esto, creo que nuestro esfuerzo tiene sentido.

Si los espacios, los lugares pueden ayudar a que el interrogante, "el interrogante" no cese nunca, bienvenidos los lugares. Pero todo esto habría que ponerlo en cuestión, para obrar con la generosidad con que quisiéramos, me parece, seguir adelante. Bueno, gracias.